

Ocio, tiempo libre y creatividad

Octavio Martínez Betancur, Profesor Asociado, Unidad de Hematología, Facultad de Medicina, Universidad Nacional de Colombia

*En las horas de ocio adquiere la sabiduría el escriba, el que está libre de quehaceres llegará a sabio.
Eclesiástico, 38,24*

*Estoy perdiendo el tiempo a lo tonto sin hacer nada, lo cual probablemente significa que estoy en un período creativo, aunque por supuesto eso no se sabe hasta más tarde. Creo que es muy importante estar ocioso... quienes están ocupados todo el tiempo no suelen ser creativos.
De manera que no me avergüenzo de estar ocioso.
Freeman Dyson*

INTRODUCCIÓN

La noción de ocio aparece cuando unos trabajan y otros no, lo cual sucede a partir de las primeras sociedades agrícolas mesopotámicas en que una casta guerrera-sacerdotal se apropiaba de los excedentes de producción, viviendo a costa de los campesinos. El sistema se perfeccionó hasta llegar al siglo de Pericles de Atenas, donde una sociedad de ciudadanos ociosos discutía de todo lo divino y humano, mientras los esclavos trabajaban (1).

Aristóteles estudió con ahínco lo que hoy llamamos los "problemas del ocio". Era la actitud de la percepción intuitiva y contemplativa en el ser. Como pauta de vida al alcance de sólo unos pocos privilegiados (ciudadanos griegos de sexo masculino), el ocio significaba para los griegos el principio de todas las cosas, concebido como un estado del alma con entidad y finalidad propias. Implicaba la plenitud de la vida dedicada al conocimiento del mundo mediante su contemplación puramente receptiva y la superación de lo humano a través del intelecto y la intuición. Era en el ocio que las grandes y felices intuiciones y ocurrencias, las que podían captarse, le eran concedidas al hombre. En este silencioso estar abierto del alma le era dado al hombre el don de percibir "lo que íntimamente da consistencia al mundo", quizá sólo por un instante, como un relámpago, así después fuera necesario volver a descubrir con esforzado "trabajo" entendido como pensar discursivo, la visión que tuvo en ese momento (2- 4).

El término griego para "ocio" es el antecesor directo de la palabra "escuela" (scholé), pero también hacía referencia a las ocupaciones en que se empleaban los hombres ociosos, que con-

sistían en conversar, debatir, discutir con erudición y hacía mención al grupo al cual se dictaban conferencias o a las conferencias mismas. Así, la palabra scholé significaba al tiempo ocio e instrucción, muy cerca del significado de la palabra "escuela". Pero no obstante la cercanía de significados, aprender era y continuó siendo principalmente un privilegio de los "hombres de ocio", casta de hombres dedicados al desarrollo de sus "nobles" potencialidades (2,5).

La contrapartida necesaria de esta conceptualización del ocio era la existencia de una sociedad jerarquizada en la cual la inmensa mayoría de esclavos, con su labor, hacía posible que la minoría patricia no tuviera que preocuparse más que de los asuntos cívicos, el servicio militar y la guerra. Este "trabajo" ciudadano sólo podía expresarse negativamente, formando una palabra que significaba "no tener ocio", as-scholé (2, 3).

Es la sociedad griega, a través de toda la historia de la humanidad, la que más y mejor ha permitido el desarrollo del hombre en el ocio y, a pesar de no fundarse en una estructura social justa, cultivó las artes y descubrió las ciencias; escribió libros, inventó la filosofía y refinó las relaciones sociales. Sin la clase ociosa, no sólo la griega, la humanidad nunca hubiese salido de la barbarie (6).

En la época romana se contraponía el otium al nec-otium (término originario de la palabra "negocio") como la negación del ocio, aplicado el término a la actividad de los ciudadanos que decidían aumentar sus rentas dedicándose a la transacción comercial. Los romanos establecieron la etimología del trabajo, término que proviene de tripalium, instrumento de tortura utilizado para obligar a los esclavos. Durante la Edad Media, la

conceptualización clásica del ocio perdió fuerza y se recluyó, en buena parte, en los monasterios, cediendo ante el empuje de la nueva escala de valores defendida por la ascendente burguesía, y en la que era el trabajo y no el ocio el centro en torno al cual se organizaría la totalidad de la vida humana. Del ideal en la época clásica, el ocio se convirtió en un tiempo malgastado, derrochado, perdido (2,3,7).

Con el surgimiento de las primeras sociedades industriales evoluciona la naturaleza del trabajo y poco a poco se impone el trabajo asalariado en las fábricas. Con el éxodo rural, se transforman las condiciones de vida: los campesinos pasan del trabajo discontinuo en el campo al descubrimiento del trabajo permanente en las ciudades. Aumenta la presión del trabajo sobre el individuo, de manera que no se libera sino el tiempo mínimo necesario para reproducir su fuerza de trabajo (5).

En el nivel ideológico, el trabajo se convirtió en el valor fundamental del sistema social. Sobre este valor, y con el ascenso de la burguesía, se edificó la nueva sociedad que fustigaba a los ociosos, a los que consideraba parásitos de la sociedad. Los economistas del siglo XIX demostraron la necesidad de acumulación del trabajo para crear el capital que permitiría el despegue económico. Esta ideología del trabajo dio origen a una verdadera moral del trabajo, heredera del puritanismo protestante. Se imponía al individuo el rigor del trabajo como deber moral para su propia salvación y para el desarrollo armonioso de la sociedad. Al mismo tiempo se criticaba el ocio desde el doble punto de vista de la economía y de la moral. Desde el punto de vista económico porque el ocio es improductivo y, por el contrario, incita al consumo: en el siglo XIX todo el sistema económico se orienta hacia la acumulación y, por lo tanto, al ahorro destinado a fortalecer un capitalismo naciente. Desde el punto de vista moral, el ocio se condena igualmente, porque predispone a la ociosidad y a las costumbres relajadas, que generan comportamientos desviados de una moral rígida del trabajo (5).

Thorstein Veblen, en su libro *Teoría de la clase ociosa* (8), concibe el ocio como la disposición de la clase burguesa en ascenso, en reemplazo de la vieja aristocracia, a la inactividad y al consumo desenfrenado de artículos de lujo u objetos inútiles que sólo tienen el valor del precio que se ha pagado por ellos. El consumo del burgués está orientado a demostrar a los demás lo que su nueva condición le permite obtener: "consumo ostentatorio". El ocio y el consumo ostentatorio que éste implica son símbolos de clase, un signo de distinción social. Estas acciones exigen tiempo y, sobre todo, son "inútiles", y se les aprecia justamente porque son inútiles.

El aporte más significativo de Veblen es que el ocio atañe a la sociedad. Significa que cada quien cuenta con el ocio para la

expresión propia de sus diversos intereses. Así como puede ser un símbolo de clase y se inscribe como producto de consumo para una determinada posición social, puede ser el espacio-tiempo adecuado para la búsqueda de bienestar y placer. No se trata ya de saber qué es el ocio, sino a qué necesidades responde en el plano individual, en el social y en el económico (5, 8, 9).

Dentro de la estructura científico tecnológica, entendida como el conjunto de instituciones y personas productoras de conocimiento, la Universidad es pieza clave para la asimilación e intercambio de información, la socialización de problemas y de soluciones, y para la producción de nuevos conocimientos específicos de las diversas ramas del saber (10). La Universidad hay que entenderla como la institución social generadora de conocimiento y cambio sociocultural. Es la Universidad la gestora de ese proceso social por el cual cada generación entrega a la siguiente el acervo de conocimiento recibido de las generaciones anteriores, enriquecido con sus propias experiencias y contribuciones (11). Desde lo social, la Universidad genera riqueza a partir del reconocimiento de la prolífica creación intelectual que se desarrolla en su seno y es la única Institución sostenida por aportes sociales, a la que nadie juzgaría por las horas de ocio creador de profesores y alumnos.

A la infinita capacidad creadora que posee el hombre, hay que alejarla de la rutina del conocimiento repetitivo e improductivo y someterla al ocio creador, a la crianza de la idea. A lo largo de la historia, muchos hombres de ciencia han escrito acerca de su motivación para dedicarse a su obra como si fuese un alejamiento intelectual y emocional del torbellino que los rodeaba. La aventura mental del proceso de creación científica se nos escapa de la lógica lineal y parece iniciarse en una imprevista intuición, cuando hay un aparente "olvido" del problema a resolver. Pareciera que el complejo proceso de creación científica no obedece a la secuencialidad de los esquemas lógicos formales (12, 13). Ideas que aparecen "súbitamente", sin conexión con actividades conscientes del momento, aunque casi siempre precedidas por un período previo de intenso trabajo en el problema pertinente, casi siempre infructuoso hasta el momento de la "intuición", por lo general momentos de ocio y/o tiempo libre (14).

No significa que de mentes no preparadas surja por azar el mayor de los descubrimientos científicos. Nadie crea solo y de la nada. El aval de conocimientos que la humanidad ha acumulado a través de los siglos es el sustento innegable de las transformaciones del mundo y punto de partida de nuevas interpretaciones de la realidad (15). No es cuestión de abandonar todas las reglas y olvidar el conocimiento ancestral, sino crear un nuevo espacio-tiempo conceptual libre de las estructuras rígidas y de las reglas absolutas del saber para viajar al plano creador de la mente.

El fundamento es alejar al estudioso universitario de los quehaceres rutinarios que exige la Institución, y así permitirle, sin reproches, gozar de tiempo libre y ambiente de ocio creativo para la crianza apacible de las ideas y para madurar sin presiones problemas conceptuales previamente elaborados pero que han sido arrumados en el trasfondo del escenario mental por no haberseles encontrado una solución aparente. El objetivo de este trabajo es justificar la existencia de un espacio-tiempo de ocio remunerado del que pueda disfrutar el docente e investigador universitario, para gozar de la contemplación del mundo, única fuente de "intuición creadora".

Acepción del tiempo libre y del ocio

El tiempo no es una idea que reproduce fielmente algo que se da en realidad. El tiempo es un medio elaborado por los hombres para orientarse. Los relojes son los dispositivos sociales más notables para representar el tiempo. Pese a ello, los relojes no son el tiempo. El tiempo mismo tiene carácter instrumental. Un proceso físico conquista el carácter de medida del tiempo al poseer la característica de ser un símbolo social móvil, informado y regulado. El carácter de dimensión universal que asume el tiempo no es más que la expresión simbólica de la vivencia de que todo cuanto existe se ubica en un proceso incesante (16).

El concepto de tiempo lo aprende una persona desde la infancia a la par con el concepto de institución social del tiempo, institución que coacciona al individuo durante toda su existencia y que se constituye en el ejemplo clásico de la manera en que un proceso civilizador contribuye a modelar una actitud social que forma parte integrante de la estructura de la personalidad del individuo. La transformación civilizadora de la coacción externa de la institución social del tiempo se convierte en una especie de conciencia individual del tiempo. Se trata de un proceso de individualización de un hecho social (16, 17).

Desde el punto de vista sociológico, el tiempo cumple funciones coordinadoras e integradoras, en particular las referentes a la regulación económica de la actividad productiva laboral que conlleva la compartimentalización del tiempo. En cualquier núcleo socio-económico se encuentra una temporalidad que imprime un cierto ritmo de vida para la ocupación del tiempo social de producción, consumo y descanso. Así pues, la relación del hombre con el tiempo ha hecho que a la vida se le pongan mojonos y que se perciba en función de disponibilidad y consumo de tiempo. El tiempo se convierte en la variable dependiente del devenir personal y social (18).

El ejercicio de la función social del trabajo habla exclusivamente de esfuerzo. En la polarización convencional de trabajo y ocio, el término "trabajo" se refiere sólo a una clase de esfuerzo: el que la gente realiza para ganarse la vida. La simple pausa

del trabajo, ya dure ésta una hora o una semana o aún más, sigue perteneciendo a la vida del trabajo cotidiano. Está incluida en el transcurso cronológico de la jornada de trabajo, es una parte de él. La pausa se hace para el trabajo. Su misión es suministrar nuevas fuerzas para trabajar de nuevo, como lo indica el concepto de descanso reparador; el trabajador se repone tanto del trabajo como para el trabajo. El problema es si el mundo del hombre se agota con ser un mundo del trabajo, si el hombre consiste simplemente en ser funcionario, trabajador, si la existencia humana adquiere su plenitud siendo exclusivamente existencia que trabaja cotidianamente. A esta concepción utilitarista social del trabajo hay que contraponerle el ocio. El sentido del ocio no es facilitar en forma de descanso corporal o de recreo espiritual nuevas fuerzas para trabajar de nuevo. El ocio debe ser un momento preciado donde la libertad y el placer constituyan los sentimientos centrales de la existencia. Dentro de esta perspectiva, cualquier actividad, incluso el trabajo, puede vivirse con la gratificación que genera el ocio. Según este concepto, el ocio no excluye al trabajo. El ocio no es la ociosidad; no suprime el trabajo sino que lo supone (4, 5).

La acepción amplia del ocio o visión productiva, define el ocio como un tiempo vacío, inútil, improductivo y opuesto al mundo del trabajo, donde lo más importante es la cantidad de tiempo libre de la que se pueda disponer. Esta visión que asimila el ocio con el tiempo libre, contrasta con una acepción más estricta del ocio, la cual no se interesa por cuestiones relacionadas con la cantidad de tiempo libre, para la que el elemento de referencia no será ya la esfera de la producción, sino que pone en primer plano la libertad y las actividades (y no tanto la temporalidad), como los contenidos básicos del ocio (3).

Dentro de la acepción de tiempo libre que se identifica con el ocio, Norbert Elias y Eric Dunning (2, 19) clasifican las actividades en el tiempo libre en cinco tipos, a saber:

1. Trabajo privado y administración familiar. A esta clase pertenecen las innumerables actividades domésticas. Esta esfera tiende a absorber más tiempo a medida que asciende el nivel de vida. Muchas actividades relacionadas con él implican trabajo duro y una gran parte de éste hay que hacerlo guste o no guste. Después de un tiempo, se vuelve rutinario dentro de cada familia. Difícilmente puede llamarse ocio a esta actividad.
2. Descanso. No hacer nada en concreto y, sobre todo, dormir. Dentro de esta acepción, se puede llamar ocio a esta clase de actividad.
3. Satisfacción de necesidades biológicas. Pueden proporcionar mayor goce siempre que se satisfagan de manera no rutinaria.
4. Sociabilidad desde el extremo altamente formal a otro altamente informal con muchos grados intermedios. A esta

clase pertenecen actividades que todavía guardan cierta relación con el trabajo. Un elemento del goce es la estimulación agradable que se experimenta al estar en compañía de otros sin compromiso alguno, sin ninguna obligación para con ellos salvo las que uno esté dispuesto a aceptar.

5. Actividades miméticas o de juego. Implica divertirse empujando actividades lúdicas. La diversión supone la búsqueda del placer, del bienestar.

Henry Lefebvre al plantearse la hipotética existencia de la sociedad del ocio, y dentro de la misma acepción de Elias y Dunning, clasifica el tiempo en tres categorías: el obligado, dentro del cual se lleva a cabo la actividad profesional; el forzado, dedicado al cumplimiento de tareas derivadas de la esfera laboral, como el transporte; y el libre o de ocio. En la sociedad moderna, el tiempo forzado es cada vez mayor en detrimento del tiempo libre (3).

La acepción del ocio como tiempo libre conlleva el problema del trabajo alienado. El hecho de disfrutar de mayor tiempo libre no garantiza por sí solo que de tal forma se obtenga mayor libertad para decidir cómo se escogen los contenidos que garanticen el bienestar y la felicidad. Cualquier actividad susceptible de ser aprovechada para incluirla en la esfera de la comercialización y del consumo es utilizada por el capital para ampliar su campo de penetración y de dominio. Se crea así una industria de la recreación para el tiempo libre. Se elimina al mismo tiempo la libertad, creatividad y espontaneidad del ocio por el automatismo, la estandarización y la negación de la iniciativa individual típicas de la nueva tecnología recreativa. Por otro lado, además de la ampliación del mundo de consumo, el tiempo libre está indisolublemente ligado al aspecto utilitarista de la recuperación y reproducción de la fuerza de trabajo. Una pausa en el trabajo es aún parte del mundo del trabajo (20).

Para la acepción estricta, el ocio es la negación del tiempo, no del trabajo. Negación experimentada como la abolición de la presión temporal al ejecutar cualquier actividad. La presión temporal es producto histórico de la valoración que la sociedad capitalista le ha construido al tiempo. El tiempo se ha equiparado con el dinero y se gasta como tal. Tiempo y dinero se unieron a una ética del trabajo y se asimilaron mutuamente. No utilizar el tiempo en actividades directamente productivas empezó a ser considerado idéntico a perder dinero. El tiempo, desde la racionalidad económica capitalista, se convirtió en el punto de referencia de toda la actividad económica. El reloj y las relaciones sociales de producción por él representadas, se han convertido en los nuevos esclavistas de la sociedad. Al trabajo, la actividad productiva y remunerativa por excelencia, hay que dedicarle el máximo de tiempo y en condiciones que optimicen la pro-

ductividad (21).

La "filosofía del instante" de Gaston Bachelard, que sostiene la discontinuidad del tiempo, es una base indispensable para sustentar lo que podría llamarse la "filosofía del ocio". En un tiempo continuo no puede existir el ocio. El ocio son las dos nada entre las que se encuentra suspendido el tiempo. En palabras de Bachelard, "El tiempo sólo tiene una realidad, la del Instante. El tiempo es una realidad ceñida al instante y suspendida entre dos nada". El ocio si bien es la negación del tiempo, es también, como afirmación, el instante, el presente, que como condición obvia y reafirmando su dimensión del ser, no tiene duración. Es esa discontinuidad del tiempo la que posibilita la existencia del ocio (20, 22). La filosofía Zen contribuye a la comprensión del ocio como negación del tiempo. Zen es una liberación del tiempo. No hay más tiempo que el instante, y el pasado y el futuro son abstracciones sin ninguna realidad concreta (20). El surgimiento del ocio como negación del tiempo aniquila la presión temporal sobre la compartimentalización de las actividades humanas históricamente valuada.

El ocio es esencialmente una forma de ser, un estado gozoso del "alma" tal como lo veían los griegos, dichoso estado intemporal que posibilita ser feliz durante la ejecución de actividades libremente escogidas. Pero el ocio no es sólo un elemento vital en el bienestar del hombre, es además el centro de su creatividad y el artífice de su libertad (20).

Ocio y creatividad

Mientras que Descartes asignaba un gran papel a las ideas claras e incontrovertibles y al papel de la intuición, Newton dependió de la observación y el experimento. Es esta diferencia la que hace que los modernos hombres de ciencia busquen sus raíces filosóficas en Newton, y no en Descartes. Lo que ni Descartes ni Newton, ni ningún otro gran hombre de ciencia hasta la época de Einstein, comprendieron plenamente, fue que las "hipótesis" nunca pueden ser totalmente purgadas de su origen en la falible imaginación humana. Einstein no sólo sostuvo que los axiomas de los que hay que deducir consecuencias que puedan ponerse a prueba son "libres invenciones del intelecto humano", sino que también hay elementos que "corresponden a la esfera extralógica (intuitiva)" (23).

Los nuevos dionisiacos, identificados con la intuición, se caracterizan por su desconfianza o desprecio de la racionalidad convencional o forma de pensar deliberada y lógica. Los nuevos apolíneos aconsejan seguir el sendero lógico y matemático de la ciencia, concentrarse en los triunfos memorables, y no en el torbellino por el cual se logran los resultados científicos, y limitar el significado de la racionalidad de modo que trate, básicamente, de afirmaciones cuya objetividad garantice su acep-

tación por los árbitros sociales de la ciencia. Un bando condena a los hombres de ciencia por ser demasiado racionales y el otro por ser demasiado irracionales, olvidando que el gran daño que hacen con estas posturas antitéticas es impedir el valioso acomodo de los componentes clásicamente racionalistas con los componentes sensualistas del conocimiento, necesarios para la creatividad científica (24).

Los muchos informes sobre los destellos intuitivos de hombres de ciencia, donde la claridad de un concepto surge como una iluminación repentina sin ideas inmediatamente precedentes en la conciencia, sugieren fuertemente que la creatividad no puede explicarse sólo por procesos lógicos conscientes. También deben sucederse procesos mentales inconscientes, que cultivan la idea mediante otra u otras lógicas (25).

La teoría psicológica de la creatividad que expuso Joseph Wallas, considera cuatro etapas en el proceso creador, a las que Henry Poincaré agregó una más, la última: de preparación, de incubación, de iluminación o intuición y de verificación o evaluación y, por último, el proceso de elaboración (26 - 29). Durante la etapa de preparación, la persona creadora piensa con toda libertad sobre algún problema que llama su curiosidad, estudia, recolecta toda la información pertinente a su alcance, busca hasta agotar las fuentes, escucha sugerencias. Con todo ahínco se busca una explicación satisfactoria, que se resiste obstinadamente a aparecer. En esta etapa la racionalidad o modalidad deliberada y lógica del pensamiento se emplea al máximo, hasta que finalmente se admite la derrota. Es como si el esfuerzo consciente inhibiera la creatividad. Entonces, el problema se abandona temporalmente para que descansa y se incuben. Pasa a la segunda fase del proceso creativo, un período de incubación durante el cual las ideas no sólo quedan almacenadas en la memoria sino que se agitan por debajo del umbral de la conciencia. Cuando la mente relaja el ritmo de búsqueda deliberada sin ningún control consciente y conceptualizado, es cuando aparece la creatividad, pero requiere de paciencia y de tiempo. Se trata de recurrir a la facultad de la mente para descubrir, con tiempo, nuevos patrones o significados en una información que la mente ya posee, y registrarlos conscientemente en forma de ideas o intuiciones. Aunque es la experiencia la que proporciona los datos, el proceso no es adquisitivo, sino reflexivo. Hay que saber esperar. El aparato mental intuitivo de alguna manera mantiene a flote todos los hechos conocidos a la espera de que ocupen su posición correcta. Si se presiona conscientemente con razonamiento lógico, no se obtiene nada. Lo que hay que hacer es alejarse del problema y, de repente, la solución aparece.

La iluminación se efectúa cuando la persona creadora ve la solución a su problema. A veces es una intuición súbita, el "¡Eureka!", o una clara visión, o una sensación. Puede haber

varias intuiciones entremezcladas que deben pasar por la etapa de verificación para ser definitivamente aceptadas por la evaluación crítica del creador. Es en esta etapa cuando la persona debe decidir si la intuición es valiosa y merece dedicarle atención. Es la parte emocionalmente más difícil del proceso, cuando se siente mayor inseguridad e incertidumbre. Es el período de la autocrítica, del examen introspectivo. El último componente es el proceso de elaboración. Lleva la mayoría del tiempo e implica el más duro trabajo. Esta parte del proceso está interrumpida constantemente por períodos de incubación y salpicadas por epifanías. Son muchas las intuiciones nuevas que surgen mientras, presuntamente, sólo se están dando los toques finales de la intuición.

El proceso creativo no es tanto lineal, como recurrente. El número de iteraciones por las que pasa, de vueltas que encierra, de intuiciones que requiere, es algo que depende de la profundidad y amplitud con que el creador trate los temas. En la interpretación de Wallas, es la tercera etapa, la iluminación, la que es básica para el proceso creador y en la que se han propuesto varias posibles explicaciones, psicoanalíticas, cognitivas, computacionales, pero siempre fundamentadas en un estado subumbral de conciencia, llamado de varias maneras: submente, subconsciente, y subliminal, paisaje mental interno (26 - 29). Para Poincaré el pensamiento preparatorio activa ideas potencialmente pertinentes en el inconsciente, donde son inadvertidamente combinadas. De entre estas combinaciones, las más fértiles serán frecuentemente aquellas formadas a partir de elementos extraídos de dominios lejanos entre sí. A este proceso de "combinación libre" de ideas en el subumbral de la conciencia, se le ha llamado con diferentes nombres, entre los cuales se denotan el de "bisociación" de matrices conceptuales sugerido por Arthur Koestler (12), el de "cognición amorfa" o "endocepto" propuesto por Silvano Arieti (30), el de "mapas mentales" esbozado por Margaret A. Boden (31) y el de "pensamiento analógico" discutido por Manuela Romo (32). Todos tienen en común que la creatividad requiere de la combinación inconsciente de ideas, que el inconsciente es capaz de discernimiento y sabe cómo conjeturar y que, por tanto, como lo dice Poincaré, "el trabajo inconsciente es posible y posee una certeza que sólo es provechosa si está, por un lado, precedida y, por otro, seguida por un período de trabajo consciente".

La mente funciona a diferentes ritmos. El tipo de inteligencia que actúa más rápido que el pensamiento se llama ingenio. El tipo de pensamiento deliberado es el que resuelve asuntos, sopesa pros y contras, construye razonamientos y soluciona problemas. Por debajo de éste, existe otro registro que opera de manera más lenta. A menudo carece de un propósito definido, se asocia más a lo ocioso, a lo lúdico, a la ensoñación. Este tipo de pensamiento implica darle vueltas a los asuntos, "rumiarlos", ser contemplativos, meditar. Lo que ocupa la mente parece ser bastante fragmentario. Lo que se piensa puede no tener sentido. Está dicho que estas formas de

conocimiento, aparentemente desprovistas de finalidad, más ociosas, son tan inteligentes como las otras, las más rápidas. Pensar lentamente es parte fundamental del bagaje cognitivo. Algunos misterios sólo pueden desvelarse con una actitud mental relajada, abierta (33).

El pensamiento deliberado funciona bien cuando el problema que aborda puede ser fácilmente conceptualizado. Un tipo de pensamiento más paciente, menos deliberado, resulta particularmente adecuado para aclarar situaciones intrincadas, oscuras o poco definidas. Cuando no se está tan seguro de qué cosas hay que tener en cuenta, o incluso qué preguntas plantear, o cuando la cuestión es tan sutil que no se deja capturar en las categorías habituales del pensamiento consciente, hay que recurrir a la mentalidad lenta. Siempre que se le da tiempo, los dominios inconscientes de la mente son capaces de aprender modelos a un nivel de sutileza que la conciencia normal no puede ni siquiera vislumbrar.

Los individuos y la sociedad occidentales han perdido el valor de la contemplación. Sólo el pensamiento activo se ve como algo productivo. No se da ningún valor a sentarse ausente, a la inactividad, a soñar despierto, al pensamiento libre, al pensamiento lento. La capacidad de estar solo puede considerarse como una parcial privación sensorial. Alguien solitario, sin los abrumadores estímulos convencionales directos de la sociedad, es más perceptivo de sus procesos intuitivos de inspiración. El apartarse durante cierto tiempo a no hacer nada, alejándose del trabajo y la rutina, es añadir tiempo a la creatividad. Se combate el soñar despierto porque se cree que promueve una vicaria vida de fantasía que va en contra de una cultura realista, aprobada por todos. Soñar despierto, siempre que no contenga demasiado contenido autobiográfico, abre imprevisibles ámbitos nuevos de descubrimiento para un individuo creador. A la persona creadora debe permitírsele vagabundear con el pensamiento en cualquier dirección; con el tiempo, cualquier tipo de pensamiento se vuelve más o menos organizado y creativo (33-35).

Existen diversos motivos por los que el pensamiento lento ha caído en desuso. En parte se debe a un cambio en nuestra concepción con respecto al tiempo. Las personas inmersas en la lógica capitalista están más ocupadas en generar riqueza y en "ahorrar tiempo". Para la mentalidad Occidental que no ha podido aniquilar el tiempo, vivir el ocio, el tiempo es "lujo costoso" y la consecuencia inevitable es la necesidad de "pensar más rápido", resolver los problemas y tomar decisiones más deprisa. La gente tiene prisa por saber, por conocer las respuestas, por planear y resolver. Se quieren explicaciones con carácter de urgencia. Se desea tener más datos, más información más rápidamente. El individuo está atrapado en una modalidad de pensamiento, la modalidad deliberada, que se caracteriza por la

búsqueda desesperada de información y por la impaciencia, y que exige que sea racional, explícito, decidido, que tenga buena comunicación y muestre resultados inmediatos aún ante situaciones que sólo pueden ser manejadas con paciencia y tranquilidad (33).

La actividad de esta modalidad deliberada de pensamiento es fundamentalmente la de alcanzar el dominio mental, de dar sentido a las cosas. Ello puede identificarse con la impecable racionalidad. Aprecia más las explicaciones y los planes "razonables" y justificables más que los intuitivos. Una intuición productiva puede llegar a ser rechazada a favor de un caso bien argumentado. Es una modalidad de pensamiento que opera con una sensación de impaciencia y urgencia. Se acompaña de una sensación de no disponer de tiempo suficiente que, a veces, exige una solución rápida para los problemas. Es una modalidad más intencionada y esforzada que agradable. Junto con la impaciencia por la resolución de un problema, aparece una sensación de presión mental, vaga o aguda, de tener que actuar bajo la presión del tiempo. No obstante ser la modalidad que emplea la ciencia para la verificación y comunicación de sus asertos, no es la modalidad de pensamiento para la creatividad (33).

Por su parte, las "formas lentas de conocimiento" no se precipitan en la conceptualización. Aceptan informaciones vagas, volátiles, ambiguas, efímeras marginales; les gusta detenerse en los detalles que no encajan o que en un primer momento no tienen sentido. Son formas relajadas, ociosas, lúdicas dispuestas a explorar sin saber con qué van a encontrarse. Usan las posibilidades de enriquecimiento y alusión que les proporcionan los medios como la imaginación, los mitos, los sueños. No les importa renunciar a la sensación de control a favor de las rutas que la mente toma de modo espontáneo y se muestran preparadas para tomarse en serio ideas que surgen "de la nada", sin un trayecto previamente trazado por la mente racional que las justifique (33).

La creatividad se ve incrementada cuando disminuye la presión que el tiempo ejerce sobre la vida. La disposición frente al tiempo, es decir, la voluntad de pensar lentamente, posibilita estados cognitivos más amplios, pensamientos más abstractos, y consiguientemente, mayor flexibilidad. Cuando las personas se sienten amenazadas, presionadas, juzgadas o estresadas tienden a refugiarse en formas de pensar más definidas, más experimentadas y más convencionales, y por tanto, poco creativas. Cuanto más presionadas se sienten las personas, más tenazmente se aferran a soluciones aprendidas anteriores y menos posibilidades tienen de vislumbrar soluciones nuevas. La creatividad va asociada con la capacidad para evadirse de pautas adquiridas bien establecidas de razonamiento. La disposición de las personas para embarcarse en la exploración de los lími-

tes de su pensamiento puede quedar suprimida fácilmente ante el más mínimo indicio de competitividad o cuestionamiento. Todas las profesiones están inmersas en una batalla competitiva para mantener e incrementar la aprobación, la recompensa y la posición de sus practicantes. Es la especulación la que siempre sale perdiendo en este contexto de competitividad y lucha, y con ella la creación de ideas y la resolución de problemas (36, 37).

La creatividad necesariamente se construye socialmente. Puesto que el logro creativo lo es en virtud de las personas que lo designan como tal, no se puede hablar de creatividad fuera de un contexto social. Se trata de un juicio socio-cultural acerca de la originalidad, la idoneidad, la calidad y la importancia de un producto, sea este técnico, artístico o científico. Aunque el proceso puede ser el mismo, hay quienes establecen diferencias entre invención y creación. Tal diferencia estriba en que la invención se ajusta más a actividades prácticas o cotidianas con un carácter utilitario o técnico y la creación se vincula a la esfera de las artes y las ciencias como un enriquecimiento de los valores del espíritu. Algunas sociedades y culturas han fomentado y otras han inhibido la creatividad. La creatividad implica riesgos para quien se aventura a proponer ideas que, por ser creativas, rompen moldes estipulados por los paradigmas socialmente establecidos. El hecho de ir a contracorriente respecto a los guardianes sociales de la opinión genera resistencia. Mark Twain dijo: "El hombre que tiene una idea nueva es un excéntrico hasta que la idea tiene éxito". Las personas creativas no pueden esperar que inmediatamente se crea en sus ideas o se las acepte. Lo más habitual es que tengan que luchar por lo que creen, contra fuertes resistencias y, a menudo, se ponen en la encrucijada de escoger la creatividad o la conformidad y la seguridad de la multitud (38- 42).

Un entorno epistemológico, sea éste la escuela, la universidad o el lugar de trabajo, que nos obligue a mostrarnos seguros, sin la menor opción de arriesgar nuevas ideas que cimbrén la estructura del conocimiento vigente normado, va en contra de la creatividad. Los ámbitos intelectuales hostiles a la contradicción son los que alimentan la aparición de soluciones fáciles, conformistas como son los estereotipos y la intolerancia (43). La motivación intrínseca se puede ahogar fácilmente. Escuelas aburridas, mentores insensibles, entornos laborales rígidos, jornadas de trabajo extenuantes y rutinarias, presiones y requerimientos burocráticos excesivos, apagan la creatividad (44).

Tanto estudiantes como trabajadores se enfrentan al obstáculo del tiempo. En el deseo por complacer a la estructura del poder y obtener la concomitante recompensa, se pierde la creatividad. Las personas descubren que dedican cada vez menos tiempo a pensar lo que están haciendo pero más y más tiempo a la impresión que causará su quehacer. Si se trata de alentar la

creatividad, la sociedad y sus instituciones deben disponer de mayor cantidad de tiempo para las personas y crear ambientes de ocio que aseguren su futuro creatívogénico (45). Para Gerald Holton, "Una sociedad no puede hacer lo que sus miembros no pueden soñar, pero tampoco puede dejar de hacer aquello que es parte de sus sueños" (46).

Kekule von Stradonitz, quien se identificó a sí mismo en un sueño con una serpiente que se mordía la cola, y vio una analogía con la molécula de benceno, como anillo, y no como cadena de átomos de carbono, dijo: "Aprendamos a soñar. Pero antes de publicar nuestros sueños, sometámoslos al examen de la razón despierta" (47). Los pensadores creativos, a menudo tienen demasiada prisa por proponer sus ideas. A veces el problema es la irreflexión. Aunque la mayoría de veces, el deseo de acabar apresuradamente la contribución creativa proviene de la incapacidad o falta de voluntad de tolerar la ambigüedad. La tolerancia de la ambigüedad se refiere a la capacidad de aguantar la incertidumbre y el caos que resulta cuando no queda claro cómo llegarán a encajar las diferentes piezas de una solución. Si pasado un largo período de tiempo en que, a pesar de tener una idea, su solución no emerge o su evaluación racional ulterior no es satisfactoria, la persona creadora se desespera, más aún si hay presiones sobre ella respecto al tiempo de entrega de un producto acabado. La ambigüedad es incómoda y genera angustia que la persona intenta resolver creándose mayor frustración. El problema de la ambigüedad no es de la persona. Es un problema de las presiones que la compartimentalización del tiempo genera y su solución, para poder optimizar el potencial creativo, es suficiente tiempo, o bien, ocio aniquilador del tiempo (48).

Epílogo

Dedicar atención plena a un problema no es la mejor fórmula para tener pensamientos creativos. Cuando se piensa deliberadamente, los pensamientos se ven forzados a seguir una dirección lineal y lógica, y por tanto predecible. Pero cuando se piensa lentamente como cuando se está distraído, ocioso, la mente queda libre para buscar asociaciones que normalmente no se hacen. De esta actividad mental entre bastidores, casi nunca se llega a ser consciente. Precisamente porque estos pensamientos no se sitúan en el centro de la atención, se les permite evolucionar sin presión. No hay necesidad de dirigirlos, de criticarlos prematuramente, de obligarlos a que emerjan. Y precisamente esa libertad y ese carácter lúdico son los que posibilitan que el pensamiento ocioso ofrezca formulaciones y soluciones originales. Tan pronto como se establezcan conexiones aparentemente correctas, saltarán a la conciencia y se someterán al juicio de la razón. Se debe mantener la mente centrada en dos objetivos contradictorios: no perder el mensaje susurrado por el inconsciente y, al mismo tiempo, forzarlo a adoptar una forma adecuada. Lo primero requiere pensamiento lento, lo segundo, juicio crítico (49).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. **Racionero L.** Introducción. En: Racionero L. Del paro al ocio. Barcelona. Anagrama. 1983; 11 - 12.
2. **Elias N, Dunning E.** La búsqueda de la emoción en el ocio. En: Elias N, Dunning E. Deporte y ocio en el proceso de civilización. México. Fondo de Cultura Económica. 2ª ed. 1995; 83 - 115.
3. **Gómez AL.** Ocio, tiempo libre, turismo y recreación: algunos problemas conceptuales. En: Gómez AL. Aproximación histórica al estudio de la geografía del ocio. Guía introductoria. Barcelona. Anthrosop. 1998; 29 - 65.
4. **Pieper J.** Ocio y culto. En: Pieper J. El ocio y la vida intelectual. Madrid. Ediciones Rialp. 7ª ed. 1998; 9 - 76.
5. **Sue R.** El ocio. México. Fondo de Cultura Económica. 1987; 7 - 170.
6. **Russell B.** Elogio de la ociosidad. Barcelona. Edhasa. 2000; 11 - 32.
7. **Racionero L.** Ocio, negocio y paro. En: Racionero L. Del paro al ocio. Barcelona. Anagrama. 1983; 13 - 16.
8. **Veblen T.** Teoría de la clase ociosa. México. Fondo de Cultura Económica. 2ª ed. 1995; 1 - 406.
9. **Racionero L.** La nueva clase ociosa. En: Racionero L. Del paro al ocio. Barcelona. Anagrama. 1983; 87 - 98.
10. **Bunge M.** Ciencia, técnica y desarrollo. Buenos Aires. Sudamericana. 1997; 1 - 229.
11. **Calderón E.** La sociedad del conocimiento y las empresas inteligentes. En: Informática Educativa. Vol 7, Nº. 1.1994; 1 - 15.
12. **Parra J.** Inspiración. Asuntos íntimos sobre creación y creadores. Bogotá. Magisterio. 1997; 1 - 147.
13. **Thuillier P.** De Arquímedes a Einstein: Las caras ocultas de la invención científica II. Madrid. Alianza. 1995; 1 - 260.
14. **Perez R.** ¿Existe el método científico? México. Fondo de Cultura Económica. 1998; 1 - 297.
15. **Bunge M.** Intuición y razón. Buenos Aires. Sudamericana. 1996; 1 - 227.
16. **Elias N.** Prólogo. Sobre el Tiempo. En: Elias N. Sobre el tiempo. México. Fondo de Cultura Económica. 2ª ed. 1997; 11 - 46.
17. **Black-Cerejido F, Cerejido M.** La adquisición de la temporalidad en el hombre. En: Black-Cerejido F, Cerejido M. La vida, el tiempo y la muerte. México. Fondo de Cultura Económica. 2ª ed. 1999; 80 - 90.
18. **Rodríguez JC.** Tiempo y sociedad. En: Rodríguez JC. Tiempo y ocio. Bogotá. Universidad Externado de Colombia. 1988; 43 - 80.
19. **Elias N, Dunning E.** El ocio en el espectro del tiempo libre. En: Elias N, Dunning E. Deporte y ocio en el proceso de civilización. México. Fondo de Cultura Económica. 2ª ed. 1995; 117 - 156.
20. **Rodríguez JC.** Ocio. En: Rodríguez JC. Tiempo y ocio. Bogotá. Universidad Externado de Colombia. 1988; 123 - 200.
21. **Rodríguez JC.** Tiempo y capitalismo. En: Rodríguez JC. Tiempo y ocio. Bogotá. Universidad Externado de Colombia. 1988; 81 - 121.
22. **Bachelard G.** La intuición del instante. México. Fondo de Cultura Económica. 2ª ed. 1999; 7 - 92.
23. **Holton G.** Análisis y síntesis como temas metodológicos. En: Holton G. La imaginación científica. México. Fondo de Cultura Económica. 1985; 226 - 257.
24. **Holton G.** Dionisianos, apolíneos e investigación científica. En: Holton G. La imaginación científica. México. Fondo de Cultura Económica. 1985; 178 - 201.
25. **Boden MA.** La historia hasta ahora. En: Boden MA. La mente creativa. Mitos y mecanismos. Barcelona. Gedisa. 1991; 33 - 50.
26. **Csikszentmihalyi M.** La obra de la creatividad. En: Csikszentmihalyi M. Creatividad. El fluir y la psicología del descubrimiento y la invención. Barcelona. Paidós. 1998; 101 - 133.
27. **Arieti S.** Las principales teorías de la creatividad: revisión crítica. En: La creatividad. La síntesis mágica. México. Fondo de Cultura Económica. 1993; 22 - 38.
28. **Gardner H.** Revisión de Philosophy in a New Key: un estudio sobre Susanne Langer. En: Gardner H. Arte, mente y cerebro. Una aproximación cognitiva a la creatividad. Barcelona. Paidós. 1997; 69 - 75.
29. **Romo M.** El mito del genio creador. En: Romo M. Psicología de la creatividad. Barcelona. Paidós. 1997; 17 - 29.
30. **Arieti S.** La cognición amorfa: el endocepto. En: La creatividad. La síntesis mágica. México. Fondo de Cultura Económica. 1993; 54 - 64.
31. **Boden MA.** Mapas de la mente. En: Boden MA. La mente creativa. Mitos y mecanismos. Barcelona. Gedisa. 1991; 69 - 111.
32. **Romo M.** El pensamiento analógico. En: Romo M. Psicología de la creatividad. Barcelona. Paidós. 1997; 129 - 147.
33. **Claxton G.** La velocidad del pensamiento. En: Claxton G. Cerebro de liebre, mente de tortuga. Por qué aumenta nuestra inteligencia cuando pensamos menos. Barcelona. Urano. 1999; 15 - 32.
34. **Csikszentmihalyi M.** Potenciando la creatividad personal. En: Csikszentmihalyi M. Creatividad. El fluir y la psicología del descubrimiento y la invención. Barcelona. Paidós. 1998; 389 - 420.
35. **Arieti S.** El cultivo de la creatividad en la persona individual. En: La creatividad. La síntesis mágica. México. Fondo de Cultura Económica. 1993; 314 - 333.
36. **Hiebert EN.** Walther Nernst y la aplicación de la física a la química. En: Aris S, Davis HT, Stuewer RH. Resortes de la creatividad científica. Ensayos sobre fundadores de la ciencia moderna. México. Fondo de Cultura Económica. 1989; 182 - 205.
37. **Claxton G.** Tener una idea: El pausado arte de la gestación mental. En: Claxton G. Cerebro de liebre, mente de tortuga. Por qué aumenta nuestra inteligencia cuando pensamos menos. Barcelona. Urano. 1999; 99 - 119.
38. **Sternberg RJ, Lubart TI.** ¿Qué es la creatividad y quién la necesita? En: Sternberg RJ, Lubart TI. La creatividad en una cultura conformista. Un desafío a las masas. Barcelona. Paidós. 1997; 27 - 56.
39. **Alonso-Fernández F.** La identidad del genio y sus modalidades. En: Alonso-Fernández F. El talento creador. Rasgos y perfiles del genio. Madrid. Temas de Hoy. 1996; 15 - 56.
40. **Sternberg RJ, Lubart TI.** Consecuencias de la perspectiva de inversión. En: Sternberg RJ, Lubart TI. La creatividad en una cultura conformista. Un desafío a las masas. Barcelona. Paidós. 1997; 87 - 108.
41. **Sternberg RJ, Lubart TI.** El papel de la inteligencia en la creatividad. En: Sternberg RJ, Lubart TI. La creatividad en una cultura conformista. Un desafío a las masas. Barcelona. Paidós. 1997; 109 - 162.
42. **Arieti S.** La sociedad creativogénica. En: La creatividad. La síntesis mágica. México. Fondo de Cultura Económica. 1993; 273 - 294.
43. **Claxton G.** Los rudimentos de la sabiduría. En: Claxton G. Cerebro de liebre, mente de tortuga. Por qué aumenta nuestra inteligencia cuando pensamos menos. Barcelona. Urano. 1999; 249 - 264.
44. **Csikszentmihalyi M.** La construcción de la cultura. En: Csikszentmihalyi M. Creatividad. El fluir y la psicología del descubrimiento y la invención. Barcelona. Paidós. 1998; 359 - 387.
45. **Sternberg RJ, Lubart TI.** La relación de la motivación con la creatividad. En: Sternberg RJ, Lubart TI. La creatividad en una cultura conformista. Un desafío a las masas. Barcelona. Paidós. 1997; 245 - 260.
46. **Holton G.** Modelos para un entendimiento del desarrollo de la investigación. En: Holton G. La imaginación científica. México. Fondo de Cultura Económica. 1985; 121 - 149.
47. **Claxton G.** ¿Pensamos demasiado? La razón y la intuición como antagonistas aliados. En: Claxton G. Cerebro de liebre, mente de tortuga. Por qué aumenta nuestra inteligencia cuando pensamos menos. Barcelona. Urano. 1999; 121 - 138.
48. **Sternberg RJ, Lubart TI.** El papel de la personalidad en la creatividad. En: Sternberg RJ, Lubart TI. La creatividad en una cultura conformista. Un desafío a las masas. Barcelona. Paidós. 1997; 219 - 244.
49. **Csikszentmihalyi M.** Entornos creativos. En: Csikszentmihalyi M. Creatividad. El fluir y la psicología del descubrimiento y la invención. Barcelona. Paidós. 1998; 157 - 178.